

Rei Berroa*

EUFEMÍSTICA PARA VIVIR TRANQUILOS

Tampoco hoy vamos a hablar de lo divino.

Pondremos a un lado las ideas que molesten,
nos fijaremos con cuidado en lo que vive,
veremos si hay algo que cambiar en lo que hacemos
(está claro que el mundo no lo hicimos
y, por tanto, no somos responsables
de lo que en Gaza hoy acontece
o junto al Tigris o el Eufrates).

Luego pasaremos a hablar de Empédocles.
Unas cuantas reflexiones de Epicuro
ocuparán el resto de la clase.

Al final contaremos hasta doce,
y apostaremos unos cuantos hilos
de sangre taína o africana.

Y Dios dirá, que nunca dice nada.

* Poeta, crítico cultural y profesor nacido en Gurabo. En 2011, recibió el Premio Internacional Trieste Poesía por el conjunto de su obra poética y en 2012, el Premio Mihai Eminescu de Rumanía. Correo electrónico: reiberroa@yahoo.es.

Gramma, XXVI, 54 (2015), pp. 209-210.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

EL JUICIO DE SÓCRATES PASADO POR LA TELE

Hacía muchos años que llevábamos incrustadas sus preguntas bajo las costillas.
 Medio muerto traíamos el sueño de justicia, cuando en mitad de la pantalla
 apareció el viejo Sócrates ya cicutado su silencio y su verdad a solas
 después de explicar en silogismos convincentes que jamás
 había pronunciado algunos de los juicios que el joven
 Aristocles (Cabezotas o Platón, eran sus mote)
 había escrito en sus memorias, publicadas
 día a día, en diversas páginas de la guía
 de la tele que todos leían y miraban
 en una gran pantalla tipo plasma
 puesta en el ágora de Atenas
 por los que odiaban
 la mayéutica.

Fue así como
 llegamos a saber,
 sin casi darnos cuenta,
 que el loco a quien todos
 envidiábamos, pues podía decir
 lo que quisiera sin haber jamás escrito
 nada y no tener, por tanto, nadie pruebas
 contundentes que pudieran llevarlo al tribunal,
 tenía leales seguidores en todas las escuelas del Estado,
 menos en su casa, donde Jantipa lo había puesto en su lugar
 más de una vez, pues no quería higienizar los fondillos de sus hijos
 sin preguntarles si era posible conocer la virtud sin antes practicarla. Dicen
 que también ella testificó contra el marido porque éste ya no le servía para nada.